

CENTRO SEGOVIANO DE MADRID

FIGURAS SEGOVIANAS

SEMBLANZAS

1947

G-F 11501

DGCL
D

FIGURAS SEGOVIANAS

f. 109460
c. 1197410



Este librito está formado con las cuartillas que sirvieron para hacer la presentación de los conferenciantes que desfilaron por la Tribuna del Centro Segoviano durante el curso comprendido entre 1946 y 1947. No son una biografía ni mucho menos un retrato. Simplemente unas pinceladas en forma de apunte, en las que hemos pretendido recoger los rasgos más destacados de las recias figuras que tuvieron la gentileza de honrar dicha Tribuna.



R. 127469

FIGURAS SEGOVIANAS

SEMBLANZA

DE LOS CONFERENCIANTES
QUE INTERVINIERON EN EL

CENTRO SEGOVIANO DE MADRID

DURANTE EL CURSO CULTURAL
DE 1946-1947



SEGOVIA
IMPRESA PROVINCIAL
1947

Centro que tienen en Madrid, que, de una parte, es un hogar, y, de otra, una cátedra. Pero ni las instituciones ni las obras se hacen solas, han de hacerlas los hombres, y, en muchos casos un solo hombre, que sabe elegir sus colaboradores y aprovechar las dotes de cada uno para entregarse a una tarea que beneficie a la colectividad.

Yo, como segoviano, me honro sumándome a la justicia que las altas esferas oficiales han hecho al señor Cardiel, y, modestamente, quiero corresponder con mi pluma a la efusión que él pone siempre para todos en su palabra, a la vez que cumplo gustoso el encargo que me hace la comisión organizadora del homenaje al doctor Cardiel, con motivo de la imposición de la Cruz de Alfonso X el Sabio a nuestro amigo y paisano, para que prologue el volumen en que han de recopilarse las presentaciones de los conferenciantes que han pasado por la tribuna del Centro Segoviano durante el curso de 1946 a 1947.

Francisco de Cossío

Valentín Cardiel Merino

La primera vez que yo vi a Valentín Cardiel, fué bajando con mi padre por la calle segoviana de San Juan hacia el Azoguejo, en 1915. Frente al cruce de la carretera que conduce al Hospicio, dos muchachos que subían con dirección al palacio del Marqués de Lozoya, saludaron a don José (mi padre); yo—un chico—esperé apartado hasta el momento en que se despidieron. ¿Quiénes son, papá? pregunté. «Los hijos de don Gregorio Cardiel, Médico de Valseca, me contestó». No precisé averiguar más, porque en el hogar de mis padres, ese hogar cristiano que tan maravillosamente describe Valentín Cardiel al hacer mi semblanza, muy superior a mis merecimientos, se habló muchas veces, siempre con cariño, del entonces Médico de Valseca. Don Gregorio Cardiel y don José Zamarriego eran modelo de lo que debe ser el Médico rural y estaban ligados por un sincero afecto y verdadera amistad. Era en aquella época nuestro don Valentín actual un muchacho alto, delgado y con un empaque que revelaba el futuro gran señor.

Un año después, yendo montado a caballo con dirección a Valverde, donde a la sazón ejercía como Médico titular mi tío don Vicente Hernán (q. e. p. d.), me entregaba el cartero de Garcillán la correspondencia para mi padre. Entre ella iba un sobre abierto cuyo contenido examiné. Eran dos tarjetas que rezaban: «Valentín Cardiel Merino». «Mariano Cardiel Merino». Debajo de cada nombre la palabra: *Médico*. Yo, que acababa entonces mi bachillerato—que me fué enseñado por mi buen padre como único maestro—y que aspiraba también a ser Médico, pensé:

«¡Qué suerte la de los hermanos Cardiel!...» Ya son Médicos. ¡Hermanos Cardiel!

No podemos, los que conocemos a estos Doctores ilustres, separarlos en ningún momento. Cuanto exprese sobre Valentín, tengo que hacerlo extensivo a Mariano al referirme al afecto y amistad entrañable que a ellos me une. Hoy, sin embargo, por la índole de estas notas, voy a limitarme a biografíar al primero. Nació en el pueblecito serrano de Gallegos, sito en la falda de la cordillera carpetana, no lejos del llamado cerro Piadaro, ese cerro del que dicen que cuando luce motera, aunque Dios no lo mande, llueve en la Sierra.

Importa consignar estos datos, al parecer excesivamente prolijos, porque el hombre es hijo de dos factores: la herencia que le hace y el medio ambiente que le modela. El lugar del nacimiento de Cardiel es un rincón pintoresco de nuestra provincia de Segovia, habitado en gran parte por pastores, hombres curtidos por las lluvias, el sol y el viento y que saben de dormir en las majadas sobre un lecho de lentiscos, comen con frugalidad y trabajan rezando, ya que son gente de sano espíritu y honda fe religiosa.

A los dos años de su nacimiento fué trasladado su padre como Médico a Pinillos y en esta localidad vivió hasta los siete años. De esta etapa de su vida nada hemos de resaltar, ya que ese período de su infancia preescolar, se reduce a los clásicos juegos, que compartió con su hermano Mariano, de menor edad que él y que desde entonces han ido unidos íntimamente con envidiable cariño fraternal en todos sus actos. Al cumplir los siete años pasó su buen padre a ejercer la profesión a Valseca, y en este pueblo segoviano, típico de los de Castilla, de los de tierras de pan llevar, ha vivido toda su juventud, en las fases que le dejaban libres sus estudios. En ese ambiente de labriegos que comienzan su trabajo con el alba y le acaban cuando los campos quedan envueltos por el negro manto de la noche, se forjó el

espíritu tenaz de Cardiel. Recogió en su retina los sobrios matices de los grises campos de su tierra, captó su cerebro las nobles enseñanzas del trabajo honrado de aquellas gentes, albergó en su corazón la viva fe que inundaba el hogar cristiano de sus padres amadísimos. Y ese bagaje que atesoró en sus años juveniles, le acompañó siempre en su lucha por la vida, habiendo logrado escalar las cimas que le hacen acreedor a las más altas consideraciones sociales. Estudió el Bachillerato, con gran aprovechamiento, en Segovia, y en Madrid realizó, con mucha brillantez, los estudios universitarios hasta obtener el título de Médico. Seguidamente de licenciarse (durante la carrera fué alumno interno de la Beneficencia Provincial de Madrid), desempeñó dos años la titular del pueblo de Hontoria, que por su proximidad a Segovia puede considerarse como un arrabal de la ciudad.

No es extraño que Cardiel, que desde muy joven sintió admiración por su capital, visitara Segovia casi a diario y poco a poco llegara a conocerla tan a fondo. Y esta Segovia nuestra, la del soberbio Acueducto y suntuoso Alcázar, la de las múltiples Iglesias de admirables torres, la de tantos palacios cargados de historia, se adentró tanto en su alma, que puede decirse que ocupa lugar preferente en sus sentimientos de cariño. Desde Hontoria se trasladó a Valverde del Majano, a nueve kilómetros de nuestra ciudad, y ello le permitió seguir frecuentando los viajes a la misma y gozando de la contemplación de sus incontables bellezas. Como Médico de Valverde, siendo yo estudiante de 4.º curso de carrera, comencé a tratar amistosamente a Valentín Cardiel. Mi padre y él se ayudaban mutuamente en los menesteres profesionales, y con ese motivo fué estrechándose nuestra amistad, hasta llegar a la fraternidad actual. Este afecto fraterno que a él me une cohibe, en parte, mi pluma, ya que lo que escribo puede parecer apasionado. Las dotes de organizador—aparte su condición genotípica—las recibió en la época en que fué colaborador, en la política pro-

vincial, de aquel hombre singular, segoviano ejemplar, elocuentísimo orador, filósofo profundo y cirujano genial, que se llamó don Segundo Gila, al que rindo el justísimo homenaje de la más viva admiración, a la vez que rezo por su alma. En su vida actual es bien patente ese don político del doctor Cardiel. Basta conocer su labor como Presidente del Centro Segoviano de Madrid. No voy a señalar su faceta profesional de Odontólogo prestigiosísimo, que revela esa tenacidad e inteligencia que le permitieron facilísimamente cambiar su labor de Médico general competentísimo, por una especialización tan concreta. Quiero solamente comentar aquí esa polifacética capacidad que le permite adaptarse al medio en que se desenvuelve con tal destreza y soltura que un año se nos revela como conferenciante didáctico, para ser enseguida orador elocuente y pasar después a su condición de brillantísimo escritor. Prueba evidente de esto último son las biografías recopiladas en este folleto, en las que se pone de manifiesto junto a la sagacidad ¡por algo es un gran clínico! con que ha captado los caracteres somáticos y psíquicos de los personajes que retrata la precisión en el empleo del idioma, que es nuestro orgullo, en que se escribió el Quijote.

Me cabe la satisfacción de haber sido uno de los inductores de esta publicación y creo haber proporcionado con ello un motivo de deleite a los lectores.

Dr. F. Zamarrigo

Homenaje tributado al Excmo. Sr. Marqués de Lozoya, con motivo del XVII DIA DE SEGOVIA; cuartillas leídas por el autor de este folleto el día 30 de Junio de 1946

«Nunca será suficientemente aplaudida la labor que se encamina a recopilar los hechos gloriosos de los pueblos o los nombres ilustres de sus hijos más preclaros.»

(Don Carlos de Lecea.—Dos filósofos y un poeta.)

Con estas palabras terminaba su hermoso discurso un esclarecido médico segoviano, un benefactor de esta provincia que por ser toda corazón, da hombres buenos, rectos y gloriosos; un segoviano de pura cepa que amó y sirvió a España con todo ese gran tesoro que él poseía y todo el potente cerebro de que Dios le había dotado.

Era leído ese discurso con motivo de un homenaje tan justo, tan sincero y tan nuestro, como este que hoy estamos celebrando.

Formaba el escenario, fondo adecuado de historia y de raza, esta hidalga ciudad y era el homenajeado, como vos, Excmo. Sr. Marqués, abogado, literato, historiador y cronista. Como en vos, también estas actividades iban engarzadas en él en una bondad sin límites; se aromaban con una modestia sin fronteras, las encauzaba un trabajar sin descanso y se engalanaban con un segovianismo sin superación.

Y prendidos en el recuerdo, que nos trae regusto de amistad leal, os pedimos un minuto de silencio dedicado a

la memoria de aquel hombre que se llamaba don Carlos de Lecea y para la del orador de entonces el doctor don Segundo Gila.

*
* *

Han pasado tres decenios. La vida que transcurre borrando tantas y tantas cosas, destruyendo tantas y tantas glorias, carcomiendo tantas y tantas personalidades, nos lega sin embargo la cosecha, ininterrumpida también de hombres que nos honran y nos enaltecen.

El escenario en que ahora nos hallamos es idéntico, que la Historia, no hace mella en nuestra ciudad, y solamente con la patina de los años resbala por ella puliendo sus piedras, templando su espíritu y aumentando el valor de su grandeza y de su tradición.

Los personajes que intervienen son los que en parte han variado, ya que los hombres sí se duelen al paso del tiempo y se abaten al paso y al peso de los años.

Al insigne doctor le sustituye hoy un ex-médico rural, convertido en sacamuelas, que no tiene más semejanza con su colega que la de un profundo cariño a la provincia que le vió nacer, que le hizo hombre y que le guía los actos de su vida, anidando en su corazón como esas cigüeñas que cuelgan su hogar sobre las campanitas de nuestras iglesias y que remontan el vuelo, con un rumoroso batir de alas, cuando repican a fiesta.

Así también, cuando en el templo de la devoción segoviana se toque a gloria, la cigüeña de mi corazón se remonta para sumarse a todo cuanto signifique honor y amor para nuestra tierra o para sus hijos.

En cambio en el homenajeados la diferencia, bien manifiesta, es en favor de este de hoy. Y mucho debe valer éste cuando valiendo aquél tanto, es aventajado. El discípulo ganó con creces al maestro, ya que aquél fué historiador y cronista de la Ciudad, merítísimo, desde luego, y éste es historiador y cronista de España entera.

Estamos ante un valor que ha rebasado las fronteras nuestras para pasear la luz de su saber bajo todos los cielos pregonando por el mundo, que en esta nuestra tierra de labradores y hombres de armas, también entre espigas de pan y amapolas de sangre, a la sombra de los castillos o al cobijo de las majadas, nacen ingenios preclaros y florecen privilegiadas inteligencias, hombres que trocan la espada por la pluma, con un corazón tan grande que en él beben sabía de España y con un brazo tan firme que termina en la punta de su acero.

Respecto al homenaje en sí, la diferencia es igualmente notable. Aquél tuvo la alteza del anfitrión y a tono con él fué su empaque de grandeza. Este, que nosotros, el Centro Segoviano, tributa hoy, no tiene más que la sinceridad y el cariño con que es rendido. Pero, eso sí, son sentimientos éstos en que nadie puede aventajarnos porque también nacen en nuestro corazón y en él toman vida al calor de nuestro mejor deseo. Y así la sencillez es también grandeza y la humildad es su mejor gala.

Vuestra bondad, puesta de manifiesto una vez más, nos le recibe con todo cariño y ve en él cuanto acabamos de manifestar. Empequeñeceros sería tratar de bajaros a nuestra altura y orgulloso intento nuestro el querer ponernos a vuestro nivel.

Por ello no es más que eso, no podía ser más que eso: el sentir de unos segovianos que están orgullosos de vos y que os lo expresan, como estas cosas, cuando son más verdad y más sinceras, se expresan en nuestra tierra: sencillamente, sin galas exteriores, sin retóricas de relumbrón, pero hondas, profundas, sinceras y leales.

Y, sobre todo y ante todo también, quiero agradecer la gentileza de estas dignísimas autoridades de todos los órdenes, que al proporcionarnos el inefable regalo de su asistencia, hacen que esta humildad nuestra se enaltezca y co-

bre una altura que nosotros solos no habríamos podido proporcionarle.

¿Y cómo no hacer mención, una mención muy especial y muy sentida, a vuestra aportación, Autoridades y vecindario de nuestros pueblos, que sin tener en cuenta la época apretada de vuestras faenas agrícolas, atendísteis a nuestra invitación?. Y aunque de sobra sabemos que todo lo hicísteis por honrar a este ilustre segoviano, por uniros a este homenaje, por expresarle vuestra adhesión, a nuestra llamada, dejasteis la de los trigales dorados al sol que os ofrecen en las rubias cabezas el premio del pan de cada día ganado con el sudor de la frente que es mandato de Dios...

Gracias a todos, porque en este caso, el corazón pudo más. Y aquí estáis. Y es ello motivo de nuestro mayor agradecimiento, ya que pone de manifiesto la justeza de nuestro acuerdo, que si es insignificante, dada nuestra pequeñez, refleja con vuestra asistencia, la admiración, el cariño, el respeto, el orgullo que sentimos de sabernos paisanos de este segoviano preclaro, cuyo retrato, contando con vuestra benevolencia y enriqueciendo con él la serie que me he trazado, me voy a permitir trazar en unos brochazos.

Talla mediana (que así fueron siempre los hombres grandes), cuerpo fuerte de atleta, un poco cargado de hombros, sin duda porque éstos han de soportar el trabajo de sostener las múltiples ideas y conocimientos que en su cerebro se fabrican y acumulan. Tosco en apariencia, porque los hombres eminentemente buenos, los límpios de corazón, los generosos, siempre se cubren con una mascarilla tosca...

Fino y señorial en el decir. Noble y caballero en obrar. Recto y certero en el decidir.

Cabello abundante, fuerte y enmarañado... Cabeza grande y erguida, baul mundo repleto de masa encefálica. Frente espaciosa y ancha marcada con profundos surcos que le marcara una preocupación constante de superación y que en parte quedan cubiertos por abundantes y largas ce-

jas a modo de antenas encargadas de transmitir a los ojos azules, de mirar penetrante entrenado en reflejar en la retina los más insignificantes detalles en su continuo investigar, todas las sensaciones exteriores que por allí penetran buscando el ancho cauce del sentir.

Cutis fino, sonrosado, curtido por el sol y el aire de todos los continentes. Labios carnosos, un poco colgante el inferior. Labios que no saben de mentiras ni de palabras vanas y sí de bendiciones y de consuelos que en ellos dejan prendida una sonrisa tenue.

Hablar repentino y precipitado, dando la impresión que las ideas concebidas son tantas y tan distintas que no encuentran una adecuada expresión en la palabra y sin hallar la natural salida se precipitan en forma de torrentera.

Unos minutos de conversación con él, son más que suficientes para que nos inspire confianza, nos despierte admiración, nos atraiga y nos llegue a pedir un puesto, siquiera sea el más modesto, en el tesoro de su amistad.

En don Juan de Contreras y López de Ayala se hallan conjuntadas humildad y sabiduría, bondad y talento, laboriosidad e hidalguía, fe y cultura... Algo así, como un pedazo de tierra fecunda en la que, por un milagro de Dios, crecieron juntas las espigas paneras y las rosas de fantasía, los frutos para las apetencias materiales y los divinos perfumes para los sentidos. Y en tal conjunción que el pan supiera a rosas y las flores olieran a hogaza morena.

Descendiente de nobles y linajudas familias españolas, fieles guardadores y defensores de Dios, Patria y Honor, hace honor a toda su ascendencia y aun en él se acrecienta y fortalece el linaje. Corre por sus venas la sangre caliente y española de aquel Rodrigo de Contreras, Gobernador de Nicaragua, fundador entre otras ciudades de San Juan de la Cruz; el primero que concibió la idea de unir el Pacífico con el Atlántico; adelantado de aquellos españoles, mitad monjes, mitad guerreros, tonsura y lanza, sandalia y espue-

la, que llevaron la Cruz de Cristo y el Pendón de Castilla para sembrar a su sombra, ella, al otro lado de los mares, esas gloriosas semillas de una raza indomable que es admiración del mundo y que merece, en los caminos revueltos de envidias y odios, el verdadero amor de la humanidad.

Esa sangre de conquistadores castellanos se encuentra mezclada en sus venas con sangre vasca, de hombres de letras, como la de aquel don Pedro López de Ayala, gran cronista Canciller de Castilla, primer caballero de la Corte del Rey don Juan.

Esta fusión nos explica claramente el cauce seguido en la vida por el actual Marques de Lozoya. Heredó de los Contreras el espíritu conquistador, andariego y misional. Y así es conquistador de ciencias, andador de todos los senderos del arte y misionero de la cultura.

Tiene de los López de Ayala, el espíritu de investigador, serio y concienzudo, el de escritor admirable que maneja un castellano jugoso, rico, flexible, capaz de crear esos cuadros llenos de emoción que van dejando huellas bien marcadas en las numerosas instituciones culturales en las que toma parte.

Y estas recias virtudes heredadas de sus mayores, se conservan, y se aumentan, y se guardan como oro en paño, en el arcón mas profundo de su ser, en ese rinconcito de nuestro corazón al que volvemos la vista alguna vez, cuando la vida nos deja solos con nuestros pensamientos y queremos contrarrestar los acibares de su paso con las mieles del espíritu.

Ella han sido y son el norte y guía de sus actos; la razón de su continuo laborar; la luz de faro que atrae y que conduce.

Su vida, dedicada al estudio, no ha tenido ni tiene momento de reposo. Apenas ha prescindido del pantaloncillo de colegial (después de una niñez enfermiza), aun no apunta

el bozo en sus labios, y ya da a la Imprenta sus primeras cuartillas...

Son unas bellas poesías, con todo ese acento sincero de la poesía primera, que se imprimen en 1913 (veinte años tenía el mozo) y que llevan este título: «Poemas arcaicos». En ellos queda reflejada una faceta interesante de este incansable trabajador: la lírica.

A este librito siguen más tarde: «Poemas de añoranzas» (1915); «Poemas Castellanos» (1920); «Romances de llano» (1924); «Sonetos espirituales» (1925); «Los caminos de Dios» (1925), y «Cantos de las tierras altas» (1928).

Saben sus versos a cosa antigua, a gesta heroica, a místico fervor, como los que escribían aquellos hombres de pluma y espada a que antes me refería, que ceñían la cota y la estameña y que cuando se quitaban el guantelete guerrero bendecían sus manos con las que unas veces sostenían la pluma para cantar a Dios y otras la tizona para defenderle.

Su poesía es humana, es tibia, es sentimental... Es, en suma, buena poesía.

Estos escarceos líricos y otros más literarios y de carácter histórico de aquella época tienen una continuación con «Doña Angelita de Gracia» (1913); «Vida del segoviano Rodrigo de Contreras» (1920), e «Historia de las Corporaciones de Menestrales de Segovia» (1921).

Todos ellos se hicieron en los momentos de descanso que sus estudios le dejaban; estudios intensos para licenciarse primeramente y doctorarse después en Derecho, Filosofía y Letras.

Más tarde, y ya bien granado el fruto de su intensa labor, escribió, mientras se preparaba para opositar a la Cátedra de Historia de la Universidad de Valencia, que hoy disfruta, «Castilla la Vieja», «El Canciller Ayala», «Dos retratos del segoviano Sebastián Muñoz», «La capilla de los

del campo en la Parroquia de la Trinidad de Segovia», etcétera, etc.

Después recopiló hechos y datos que le iban proporcionando los múltiples archivos visitados, las bibliotecas consultadas, la visita a monumentos históricos que se quedaban bien grabados en su memoria y bien impresionados en su retina.

Todo ese conjunto de ciencia y de arte, de asimilación y estudio, de investigación y de búsqueda, le han servido para formar esos cinco tomos de la «Historia del Arte Hispano», que son todo un monumento de saber, todo un compendio de cultura, todo un ejemplo de paciencia digna de parangonarse con la de aquellos monjes de antaño, con la de aquellos artífices de otras épocas, cuyas obras son, como ésta lo ha de ser, imperecederas e inimitables. Obras que son el estuche en que se encierra toda una vida dedicada al estudio. Obras que guardan el tesoro de una juventud ardorosa, de una madurez plena y de una vejez sabia.

A grandes rasgos, con torpe mano, a brochazos como ya os anticipé y como corresponde a quien os habla, señalado queda el haber de este ilustre segoviano a los cincuenta y dos años de su existencia. A poco que meditemos sobre ello, fácil nos ha de ser sacar esta consecuencia: Para con los segovianos que tanto nos honran, que tanto nos enaltecen, que llevan por el mundo junto al glorioso nombre de España el viejo nombre de esta tierra de nuestras piedras milenarias y de nuestras virtudes raciales, tenemos contraída una deuda de gratitud que esperamos quede a su debido tiempo cancelada. Sea nuestra voz también la primera que lo sepa recordar.

Por el momento el Centro Segoviano no puede hacer más que, dentro de su insignificancia, apuntar en el «debe» esta pequeñísima partida de hoy que con todos vosotros estamos trazando en nuestra historia: *La de nombrarle Presidente de Honor de la Entidad.*

Nombramiento que a nosotros nos honra, que pone un timbre de gloria más, el mejor y el más puro en la historia de nuestra casa solariega y que es orgullo para nosotros y forma un lazo más que prender en nuestra bandera.

Extremo este que hacemos constar en el pergamino que en este momento me complazco en entregarle.

Esta vitela representa, Excmo. Señor, nuestros amores. Esta viñeta está formada con la heráldica de sus mayores. La letra está hecha con caracteres antiguos. Las manos que lo confeccionaron están ungidas de fervor religioso. Y, por último, el texto habla del amor de sus amores, esta Segovia noble y leal, hidalga y comunera, acogedora y desprendida; esta Segovia que a nosotros nos dió la honra de este Presidente de Honor y a vos, Excmo. Señor, os dió la lealtad de estos sus hijos que han puesto en ese pergamino tan sólo una cosa: su corazón.





Velada necrológica celebrada en el Centro Segoviano de Madrid el día 30-X-1946 en honor y memoria del doctor Cubero y del Castillo

«He procurado llegar a donde más alto he podido en aquellas cosas a que me veía inclinado por mi naturaleza; he trabajado con pasión, no he perdonado medio ni esfuerzo para realizar mi obra».—(Goethe.)

*
**

«No te dejes vencer por na la extraño a tu espíritu; piensa en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte e indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir, y sean cuales fueren los sucesos que sobre ti caigan, sean los llamados prósperos, o los llamados adversos o de los que parezcan envilecernos con su contacto, muéstrate de tal modo firme y erguido que al menos se pueda decir de ti que eres un hombre».—(Séneca.)

*
**

Parece como si estos dos pensamientos, del famoso filósofo alemán uno y de nuestro Séneca el otro, hubiesen sido conocidos, leídos y ejecutados por el hombre, al conjuro de cuya memoria nos congregamos esta noche para rendirle en esta velada necrológica, el tributo de nuestra admiración más sentida, el recuerdo de nuestro más acendrado cariño y la más fervorosa oración que nuestros labios sepan musitar y que en nuestro corazón pueda nacer.

Pero si no fueron conocidos, es un hecho cierto que él formó un núcleo central en torno al cual giró toda su existencia. Fueron ellos la brújula que guió sus pasos por un camino que pareciendo impracticable, le condujo, a fuerza de salvar escollos y dificultades, a la meta ansiada. Ese camino espinoso y difícil que escogen aun sin proponérselo los elegidos, para que su labor sea más difícil y en esa dificultad profundicen más sus raíces y sean más fecundas sus cosechas.

Acompañadme una vez más con vuestra benevolencia escuchando la lectura de esta biografía-retrato que os voy a presentar. Labor que, de antemano, os aseguro es digna de ser referida por persona más capacitada y con más dotes intelectuales que yo, pero que difícilmente podría encontrarla con más devoción y más entusiasmo para llevarla a cabo. Y perdónese aquello por la intención que me guía.

Aquel Fermín, siempre niño, con cuya amistad me honré, guardándole en vida, sin reserva de ninguna clase, el culto a que sus múltiples merecimientos le hacían acreedor y dedicándole, muerto ya, la oración que mi calidad de cristiano a diario le otorga.

La vida del doctor Cubero y del Castillo, es una vida llena de enseñanzas, repleta de estímulos para todos, pero, en especial y sobre todo, para la juventud, que sienta desalientos, aunque estos sean, como en el caso que nos ocupa, hijos de la necesidad o del estado de salud.

Estudemos su caso con todo amor y fortalezcámonos con el ejemplo vivo de su vida ejemplar.

Es todavía un niño y ya ha de luchar con la penuria de su hogar. Apenas cuenta doce años y jinete en una borriquilla acude a un pinar para recoger unas piñetas que ayuden con el importe de su venta a atender al sustento diario de aquella honrada familia de menestrales lugareños segovianos. Así se va templando su vida y así se va fortaleciendo su espíritu, que no hay fragua mejor que la de la desgra-

cia para dar al acero de las almas la reciedumbre suficiente.

Crece el niño, y mozo ya, su vida no tiene un momento de reposo. Las distracciones que sus compañeros tienen los domingos y días festivos, no cuentan para él entregado a una brega ininterrumpida. Colgante de su cintura el estridente bombo, sobre él los chillones y relucientes platillos, pasa horas y horas acompañando a los hombres del redoblante y la dulzaina mientras la juventud, esa misma juventud que a él le brinca en sus años mozos, baila y ríe...

Y así un año y otro... hasta que próximo a cumplir los veinte, una enfermedad parasitaria, que viene padeciendo y haciéndose rebelde al tratamiento empleado, induce a la familia, siguiendo el consejo del médico rural, a trasladarse a Madrid.

Agoniza por entonces el siglo XIX. Corren los días del año 1898 y en uno de ellos, en un modesto coche de tercera de un tren mixto, hace su arribo por la estación del Príncipe Pío de la entonces Villa del Oso y del Madroño, el mocito de Bernardos, pueblo de Segovia, con visos de ciudad. Allá atrás han quedado sus afanes prendidos en las copas de los pinares y tintineando en los platillos sobre los que se parte en irisaciones de oro este sol nuestro que nos besa en la frente para darnos calor al corazón.

No es grande el equipaje del viajero: un pequeño hato con unas modestas prendas interiores; y entre ellas, como suprema reliquia, una estampita de la Virgen del Castillo, patrona del pueblo que ha dejado.

Con tan modesto bagaje a cuestas y una carta de presentación en el bolsillo para el doctor Serrano, de su compañero del Río, hace su entrada en el Hospital de San Juan de Dios el chiquillo espigadote de la borriquilla y las piñotes, el mocito jacarandoso del tambor de los murguistas del pueblo, de las pizarras y los paños, de la escuela aldeana, para ser tratado de la tricoficia que padece.

Y así ocupa la cama número 13 en el pabellón número 7 de la planta baja.

Como la enfermedad no produce desórdenes en la salud general, y como para el paciente no se ha hecho el ocio, se presta gustoso para ayudar a todos, y en unos ratos atiende y cuida a sus compañeros de sala; en otros el enfermero encuentra ya barrido y limpio el pabellón; en otros es recadero de las monjitas, que solicitan sus buenos servicios, y en otros, en fin, poda los árboles con gran esmero... Hasta que más tarde los médicos, que conocen sus aptitudes pendolistas, le toman como secretario para escribir las historias clínicas.

No han transcurrido más que unos meses y el mozo segoviano ha sabido captarse el cariño y la simpatía de todos por su modestia, su sencillez, su bondad, su llaneza y su amor al trabajo.

Mejora en su enfermedad y con ello aumenta la confianza que todos le dispensan. Poco a poco va entrando, sin que él mismo pueda darse cuenta, en lo que ha de ser el camino de su vida. Los médicos le encomiendan la depilación de sus compañeros de sala, la colocación de vendas y vendoteles, algunas sencillas curas más tarde; por último, la aplicación de inyecciones, hasta que un día el enfermito que hace de mozo de sala, recadero de las monjas, cuidador del jardín y ayudante de los médicos, pasa a ser por derecho propio auxiliar de estos últimos.

Fermín Cubero ha demostrado su competencia y ya es don Fermín Cubero y del Castillo, auxiliar en Medicina y Cirugía.

Ha curado su fabus, se ha entrenado su cerebro en el estudio, y con el mismo tesón que domeñó sus músculos para el trabajo, prepara su mente para el estudio, disponiéndose a respirar aires educadores sin dejar que le acaricien los corruptores vientos que a sus años y en Madrid tan fáciles son de ahogar buenos deseos y proyectos rectos. El

practicante trabaja sin descanso: la mañana curando a sus antiguos compañeros y otros nuevos enfermos, sirviendo también en la consulta pública a las órdenes de aquel don Juan de Azúa, padre de la Dermatología en España, hombre en el que marchaban a la par la sabiduría y el mal humor... Algunas horas de la tarde visita enfermos particulares, con lo que gana algunas pesetillas para cubrir sus necesidades, y así, robando horas al descanso, quitando otras al sueño, estudia con tesón y va poco a poco subiénd^o la empinada cuesta... La cúspide está alta, los peldaños que hasta ella conducen son muchos y fuertes, pero nada importa cuando una fuerza innata empuja desde dentro, cuando un deseo acucia, cuando una voluntad manda con tesón... Él ha visto amaneceres en la sierra que para dar paso a la maravilla de la aurora se ven antes forzados a romper la niebla más negra y más espesa que la noche y busca con afán el amanecer de sus ilusiones por encima de los picachos de su vida... Vence obstáculos, trabaja con tesón y el practicante se hace bachiller; el mozo se casa, forma un hogar y unos años más tarde, el 1915, el chavallito de la borriquilla puede ostentar una cartulina que dice:

«Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII y en su nombre el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes,

Considerando que conforme a las disposiciones y circunstancias prevenidas por la actual Legislación, don Fermín Cubero y del Castillo, natural..., ha hecho constar en la Universidad de Madrid su suficiencia,

Expido el presente Título de Licenciado en Medicina y Cirugía que autoriza al interesado...»

Aquél fué el día más feliz que este hombre pudo experimentar. Los que tuvimos la suerte de acompañarle en aquellos instantes, no lo olvidaremos nunca. Tal ataque de alegría se apoderó de él, que perdiendo el control del sistema nervioso, salió corriendo por los amplios corredores del Colegio de San Carlos, los ojos inundados en lágrimas, la

risa floreciendo en sus labios, sintiendo los golpetazos de su corazón y gritando hasta enronquecer, calle de Atocha arriba, sin importarle poco ni mucho el asombro de los transeuntes:

—¡Ya soy Médico! ¡Ya soy Médico!

¡Lo era, sí, pero a costa de dejarse en el camino giros de su existencia! Su naturaleza fuerte se había resentido, y unas horas más tarde, una hemotisis ponía en peligro su vida. El reposo de unos días y el luchador que había sabido vencer a la necesidad vencía también el mal.

Ni aún entonces desfallece un momento su voluntad y lejos de abandonar sus ensueños ante el dolor, hace llegar hasta su lecho a un pintor decorador para encargarle la confección de una muestra gigantesca que fué colocada en los tres balcones de la casa número 18 de la plazuela de Nicolás Salmerón y que decía así: *Cubero y del Castillo. —Médico.*

Ante ella don Fermín lloró también el primer día que pudo contemplarla al abandonar el lecho. ¡Y como no saltar las lágrimas a sus ojos, si aquello era ver realizado su ideal, si aquello suponía el premio a su constancia y a su sacrificio, si aquello era el amanecer de su vida tantas veces deseado!

Más tarde la Diputación de Madrid, el año 1926, le nombra Médico Auxiliar del Hospital de San Juan de Dios y el Gobierno de la Dictadura, reconociendo los méritos por él contraídos, acuerda concederle la Medalla del Trabajo, cuya imposición hizo a los pocos meses el Ministro de Trabajo de aquel período Excmo. Sr. don Eduardo Aunós.

Con motivo de esta imposición celebró el Centro Segoviano un banquete-homenaje, y durante la comida nuestro poeta por excelencia, nuestro entrañable amigo Pepe Rincón Lazcano, y ante este nombre sobran todos los adjetivos, trazó con el pincel fino de su pluma bien cortada, con la recia musa de su ingenio, la bella poesía retrato, que en

aquella ocasión fué celebrada por los asistentes y que más tarde fué conocida por los segovianos todos:

«Este hombre de la faz de mosquetero»

.....
.....

Entonces también el Ayuntamiento de Bernardos le nombra hijo predilecto, colocando una lápida en la casa de su nacimiento y dando el nombre suyo a la calle.

Y años después, en 1939, la Excma. Diputación de Madrid, teniendo una vez más en cuenta los múltiples méritos que en él concurren, acuerda nombrarle médico de número del Hospital de sus amores. Y así el enfermo que en el año 1898 ocupaba la cama número 13 en la planta baja del pabellón número 7, pasa a ser profesor numerario del citado pabellón.

El día de su toma de posesión, don Fermín, hondamente emocionado, consigue a duras penas hacerse fuerte y empieza la visita de sus enfermos, pero al llegar frente a *su cama*, el corazón se le sube hasta la garganta, sus labios tiemblan sin acertar con la frase que en ellos quiere nacer y el hombrachón de hierro queda moralmente roto... Como el día en que terminó la carrera, sus ojos se inundan, sus piernas flaquean y rodilla en tierra, con los brazos apoyados en el humilde lecho, solloza, recuerda y reza...

Allá, muy lejos, por encima de sus pensamientos perdidos sabe Dios dónde, un alegre sonar de bombo y de platillos cantaban el triunfo de una vida consagrada al trabajo, firme en el esfuerzo y recta en su ideal.

De ser yo alguien me atrevería a solicitar de la digna Corporación madrileña y del Cuerpo Médico del Hospital de San Juan de Dios, la autorización necesaria para colocar en la pared, frente a esa cama número 13, un azulejo con esta inscripción:

«Fué ocupada en 1898 por el enfermo Fermín Cubero y del Castillo. En 1939 se hace cargo como profesor del pa-

bellón el doctor Cubero y del Castillo» y debajo de él, la proclama castrense de Napoleón: « Todo soldado lleva en su mochila el bastón de Mariscal».

Terminada queda con estas mal trazadas líneas la biografía del doctor Cubero. Permittedme ahora que abusando un poco más de vuestra paciencia, señale algunas de las facetas mas características de este luchador.

Su afincamiento en Madrid, en la parte más castiza de la atrayente villa, calles adyacentes a las plazas de Tirso de Molina (antigua del Progreso) y Nicolás Salmerón, le dió una marchosidad y un garbo que iban muy bien con su juncal tipo. . Pero por bajo de esta capa exterior la sangre latía con su vieja fuerza castellana, llevando siempre a flor de labios el recuerdo de su ciudad del Acueducto y así a los pocos minutos de conversación brotaban recuerdos de Bernardos, de sus años infantiles, de la humildad de su origen y de sus fervores a la Virgen del Castillo...

Se entregaba en suma de lleno, con lá franqueza y lealtad de los hijos de esa bendita tierra, de la que, como habéis visto, heredó sus recias virtudes de honradez y laboriosidad, tierra de nuestros amores, pródiga en dar hijos de tal temple y tal anchura de ideales.

Hombre terco y tesonudo, tengo la evidencia que los éxitos conseguidos fueron hijos de su voluntad de hierro y de su conformación fisiológica absoluta. Hombre sensible y emotivo, caritativo y bueno, supo marchar por el mundo sin tener enemigos. Y esto es lo que mejor habla de su bondad, ya que llegar al final de una existencia triunfadora sin envidias ni amarguras de resquemores, es otro triunfo, que sólo a los buenos de corazón y a los limpios de conciencia, ha reservado Dios en la tierra como premio final a sus afanes.

Conociendo los segovianos las cualidades que le adornaban, le nombraron por unanimidad Presidente de esta Casa. De cómo cumplió su mandato no soy yo el llamado a hablar,

teniendo en cuenta la colaboración que durante el mismo tuve. Pero sí quiero señalar que en ese período se hizo el traslado a esta Casa. Ello fué un acierto y a ello se debe en gran parte la prosperidad de nuestro Centro, que, con alegría por parte de todos, va aumentando día tras día.

Y ahora un recuerdo también para aquella simpática Peña Costanzana, por él creada, que se reunía los sábados por la noche en el café Lisboa primero y en nuestros salones más tarde; recuerdo que lleva un cariñoso saludo para los supervivientes y una oración para los que, como su Presidente, desaparecieron.

*
* *

Para terminar, voy a trazar su retrato. Estos retratos abocetados y concisos que yo revelo del negativo de mis mejores recuerdos:

Alto, fuerte, con el busto muy erguido, daba la impresión de un antiguo guerrero, capitán de aquellos tercios castellanos que doraban sus picas a un sol que no sabía de oca-sos, conquistador de Indias, encomendero de la Pampa... Tenía su figura empaque, arrogancia, guapeza... Pedía la capa y la espada, el yelmo y la armadura, el caballo y la adarga... Su silueta marchosa, el brillo de sus pupilas, la viveza de sus ojos, su negro y cuidado mostacho, todo le asemejaba a un romancero.

Como otros fueron los tiempos que le tocó vivir, su vestimenta en consonancia estuvo, y todos recordamos su recia figura embutida en traje de irreprochable corte a la española, botas color naranja, siempre recién lustradas, sombrero flexible con la parte delantera del ala inclinada hacia aquella cara un tanto alargada, acariciando sus dedos ágiles y pequeños su bigote enortijado... En sus labios un habano y sobre sus hombros la castiza capa española que parecía ir pidiendo un pasodoble, esa marcha castiza y jun-cal, alegre y jaranera, española también...

*
* *

Y un día claro y caluroso del mes de Julio, por la calle de Alcalá desfila una interminable caravana de coches en pos de una carroza mortuoria, sobre la cual un féretro guarda los restos del segoviano de voluntad de bronce. Trepa la doliente comitiva por la empinada cuesta que conduce a la ciudad de los muertos y en una fosa de ésta, una cama amorosa como aquella número 13 del principio de su vida, le dejamos con la cabeza inclinada hacia el Madrid de sus conquistas, a la Segovia de su nacimiento, al Hospital de sus amores, al nosocomio que fué para don Fermín Cubero hogar y aula, martillo y yunque, sanatorio y templo...



Julián de Torresano

Tronco fuerte, talla corta, copuda cabeza, cara anchurosa, dan a su aspecto físico cierta semejanza con la encina centenaria. Como en ésta, sus raíces son profundas y así sus escritos tienen sabor a tierra dura. Como en ella, su fruto es entre dulce y amargo, no contiene hiel, pero tampoco rezuma miel. Sus crónicas carecen de todo adorno literario; en ellas, sobriamente queda reflejada una noticia, expuesta una idea, apuntada una sugerencia.

Conocedor de la historia segoviana, publicó artículos interesantes relacionados con ella. Enamorado de sus viejas costumbres, escribió folletos dando a conocer bellas leyendas. Antiguo corresponsal en Madrid de *El Adelantado de Segovia*, día a día por espacio de muchos años en sus páginas reflejadas quedaron las impresiones de la jornada diaria madrileña.

Y así va pasando la existencia este probo funcionario del Estado, con tipo de Abad de antiguo cenobio, modales aldeanos y convicciones castellanas.

Enraizado hace años en la tierra segoviana, se enamoró de sus costumbres tradicionales, y es lógico que así sucediera, ya que Torresano lleva en la masa de su sangre, en el cogollo del corazón (que decía el maestro Unamuno), posos de su tradicionalismo, esencias puras de unas creencias con tesón defendidas y practicadas.

Con estas breves pinceladas señalada queda la recia figura de este viejo cronista del Centro Segoviano, que por espacio de años viene señalando en *El Adelantado de Segovia* los hechos menudos y destacados dentro de la vida

de la Sociedad. Es Torresano en la misma una institución; galardonado con el título de *socio de honor*, es para él sumamente apreciado, y para nosotros una débil muestra de la estimación por él sentida.



El Sabio profesor doctor don Antonio García Tapia

Si la voluntad, esta potencia del alma que nos mueve a hacer o no hacer una cosa, pudiera medirse o pesarse, tenemos la seguridad que en pocos alcanzaría una dimensión, o peso, como en este menudo segoviano, con cara de eterno escolar, ojillos penetrantes e interrogantes, manos finas y ágiles, cerebro de capacidad ilimitada. Su porte señorial con atisbos de hombre mundano; su palabra convincente, acariciadora, sin el más ligero asomo de énfasis o pedantería, atrae rápidamente a quien con él deparde, quedando prendido en las redes de su simpatía, sólo atreviéndose a interrumpirle para solicitar un puesto en el jardín de su amistad.

Caballero andante de la ciencia médica española, supo como pocos internarse sin tropiezos en el laberinto del cuerpo humano para así domeñar una especialidad, siendo tal su aportación que la fuerza expansiva de sus descubrimientos saltó las fronteras para ocupar lugar preferente en otros continentes. De esta forma don Antonio García Tapia ha pasado por el mundo la representación genuina de la España científica con incansable dignidad y contando siempre con el asenso de los especialistas del mundo entero, que han escuchado con deleite sus sabias enseñanzas, presenciando con placer su técnica operatoria.

Y asombra pensar que toda su vasta labor ingente, toda su fuerza creadora, toda su ascensión al pináculo de la ciencia, fué conseguida con una sola ayuda: *El Trabajo*. Con un solo estímulo: el deseo sentido cada día con más

intensidad de saber; con una sola aspiración: ser útil a la humanidad.

Cumplidas con creces han podido quedar las aspiraciones de este luchador castellano, de este conquistador segoviano que ha sabido agregar a la interesante historia de su pueblo natal un nuevo capítulo de heroísmo científico. Y así, si en la famosa batalla de las Navas de Tolosa, tuvo un puesto de honor el pendón concejil de la villa de Ayllón, en la batalla médico-científica de estos tiempos, ha sabido ganar puesto de honor también un hijo de la antigua Villa. Este doctor Tapia, menudo, afable, inquieto, trabajador y modesto, maestro por vocación que redujo su vida a un solo verbo: *crear*, y así supo crear escuela, crear una técnica en la especialidad *otorinolaringológica*; inventor de innumerables aparatos; fundador de obras imperecederas, que sabe llevar al invierno de la vida, sin *arrugas cerebrales*, con todo el vigor de la juventud en sus facultades mentales, para así seguir creando. Que pueda continuar durante muchos años es el deseo de cuantos le admiramos como maestro; nos sentimos orgullosos de llamarnos paisanos, y muy honrados ocupando un pequeñísimo rincón en el frondoso jardín donde cultiva la flor preciada de su amistad.



Gonzalo España

Ocupa esta noche la Tribuna del Centro una Institución segoviana. La Institución de la letra de imprenta representada por este periodista que es Gonzalo España.

Decir en la provincia segoviana «Prensa», significa *Adelantado de Segovia*, y hablar de esta hoja diaria es asociar a ella un nombre: Gonzalo España.

Este hombre menudo, enjuto, casi invisible, que día a día, año tras año, ha consagrado su vida a reflejar cada veinticuatro horas las impresiones de la jornada. Esta noticia captada precipitadamente por teletipo o teléfono desde la Redacción; aquella otra recogida visualmente en su continuo peregrinar por las callecitas estrechas, empinadas y silenciosas de nuestra vieja Segovia... ¡Si éstas pudiesen hablar, cuántas cosas interesantes podrían contarnos del frecuente ambular por ellas del hombre solitario, envuelto durante los meses invernales en abrigo con cuello alto y felpudo, ayudándose sus piernas menudas de una tercera artificial formada por su fuerte bastón; en verano, destacando su silueta la chalina bohemia, y en todo tiempo señalándose su presencia con sus pasos menudos, sus ademanes finos, su cara enjuta, su tic nervioso y su ensimismamiento continuo!...

¡La dura y callada labor del periodista! ¡Cuántos prestigios se encumbran sobre él y qué poco se reconoce después esa primera ayuda tan necesaria! ¡Cuántas frases ingeniosas, cuántos rasgos simpáticos, cuántas anécdotas agradables fueron solamente hijas de la pluma del modesto periodista y la posteridad, el vulgo, la misma historia se las colgó al personaje que terminó por creerlas suyas! Y el pobre periodista sigue su diario batallar ignorado de todos,

desconocido por todos y hasta muchas veces vilipendiado por todos... En verdad os digo que para ser periodista se precisa una de las más firmes vocaciones. Y para ejercerlo en provincias mucho más, ya que al achicarse el ambiente se agigantan las pasiones...

Cuánto no sabran de Gonzalo España los añosos chopos de la carretera de Santa Lucía; la empinada cuesta que conduce hasta la Puerta de Santiago...

Años y años fueron estos lugares, cuando menos dos veces al día, recorridos por España, para trasladarse desde su residencia en el Santuario de la Patrona a la ciudad.

En la casona del Santuario, albergue del Capellán de la Virgencita morena y chiquita, pasó Gonzalo los mejores años de su vida y allí quizá se escribieron algunas de las crónicas que esta noche vamos a tener la satisfacción de escuchar.

Allí, desde luego, se inspiró este literato poeta, este trocito desprendido de las peñas grajeras que tan hondo siente y tan recio canta. ¿Qué otro sitio mejor para sentir inspiración? ¿Qué escenario más adecuado pudo encontrar un alma mística y soñadora?

Recordad los que el lugar conocéis: al fondo un peñasco infranqueable en su base y unos muros pegados a la roca formando un edificio consagrado al culto. Tintineo continuo de agua cristalina que la roca filtra; murmullo brusco y bravo de la que el Eresma serrano arrastra; zumbidos que el aire produce al chocar contra los árboles de la Alamedilla; en primavera gorjeos y trinos de los innumerables pajarillos que allí forman su nido; graznidos de cuevas que durante los meses invernales tienen su guarida en la roca... Preces, cantos y fervor de un pueblo cristiano que allí guarda su protectora, señora y reina... Y la voz amorosa de la campana que hace doblar la rodilla al sembrador sobre la tierra virgen y que, al toque de oraciones, convoca a la familia en la hogareña cocina donde al amor de la lumbre nace una oración por los que ya se fueron para siempre...

Si levantamos el telón que forma la arboleda, la perspectiva es grandiosa. Majestuoso, firme, desafiador el Alcázar, fortaleza guerrera antes, mansión de Reyes más tarde, prisión de magnates en alguna época, templo del saber en otras y siempre adelantado de la ciudad, saluda reverente al viajero. Un poco al Sur, la esbelta torre catedralicia que en plan de dama grande recibe complacida la pleitesía rendida por su corte de honor; torrecilla de San Marcos, San Andrés, San Quirce, La Trinidad, San Justo... y como decana, con aires de Reina, la bizantina de San Esteban...

Casonas y casitas apoyadas en la muralla; verdor de huertas ribereñas; vestigios de antigua industria; monumentos de todas las épocas y para todos los gustos. En este maravilloso escenario se formó Gonzalo España. respirando este ambiente; tranquilo, poético y cristiano, fue creciendo, y mayor ya, tenemos la evidencia que buceando en la Historia patria fué compenetrándose, enamorándose cada día más del pasado glorioso que la Ciudad-Museo encierra. Cautivado quedó en ella, adherido como molusco a la roca, para cantarla, sentirla, amarla y vivirla... Y así sus crónicas son poemas de amor de un trovador, latidos del corazón de un enamorado de la ciudad del Acueducto.

¿Que mejores títulos podría presentar para entrar en este Centro Segoviano, trocito de tierra de aquella provincia de nuestros amores?

Puerta abierta y adelante, hidalgo de Castilla, romance-ro segoviano. El Centro agracede tu gentileza y te saluda con un abrazo fraternal que hoy guardarás en el mejor sitio de tu corazón y que mañana ya, reanudados tus paseos por callejas y plazuelas llenas de encanto y poesía, llevarás a la provincia de nuestros amores como la mejor ofrenda de los hijos que desde aquí la adoran y que en tí la saludan, Gonzalo España.

Mariano Grau

Cuerpo fuerte, alto y erguido, gesto duro, prestancia de conquistador. Viéndole nos hace pensar que así debió ser el de aquellos antiguos Quiñones encargados de la defensa del campo y la ciudad. El de aquellos aguerridos tercios segovianos que supieron con arrojo y valentía conquistar Madrid.

Como otros son los tiempos que le ha tocado vivir, substituyó la tizona y lanza por pluma y cuartillas, y con la primera en ristre defiende el terruño que le vió nacer, conquista lectores para sus bellas producciones literarias.

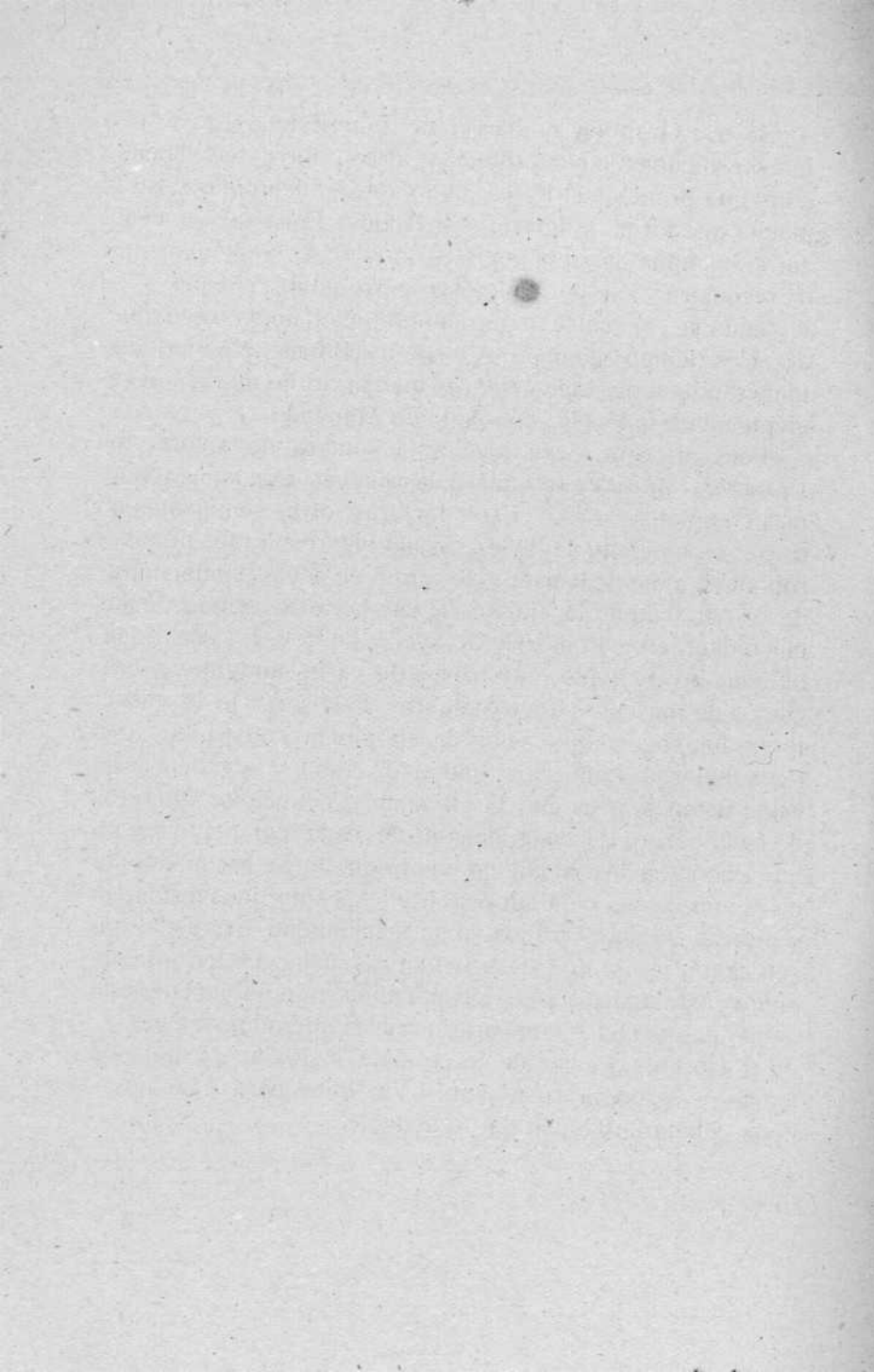
Día a día este poeta segoviano que siente en todo su ser el embrujo de la vieja ciudad, engarza y teje bellos madrigales que cantan gestas heroicas, epopeyas gloriosas de aquellos compatriotas, ora conquistadores, ora comuneros, siempre hidalgos caballeros.

Fuertemente enamorado de la silenciosa ciudad, pasa en ella su vivir, interrogando a las viejas piedras, testigos mudos de muchos sucesos; buceando en archivos, museos y bibliotecas, va encontrando perlas y tesoros en el mar profundo de la historia segoviana. Ambulando por las tortuosas, pinas y estrechas callejuelas sembradas de viejos palacios. Descansando en sus encantadoras plazas y miraderos. Penetrando en sus Iglesias románicas y casonas solariegas, va percibiendo su retina con la luminosidad que sus ojos irradian, los más pequeños detalles que transmiten a su ser sentidas emociones. Y así, sus escritos son trovas de amor, bellos madrigales, de un alma fuertemente enamorada.

Se crió Grau en el barrio de San Esteban, junto a la Iglesia románica cuya esbelta y airosa torre fué llamada con tanta propiedad «Reina de las torres bizantinas». En la placita que forma la Iglesia y el Palacio Episcopal se deslizaron los años de su niñez. Creció el niño viendo aumentar la reconstrucción de la Iglesia parroquial. Próximo a su vivienda se encuentra la que habitó aquel poeta segoviano de otros tiempos llamado Alonso de Barros. No muy distante también de la de éstos, la que sirvió de morada al recientemente fallecido, don Antonio Machado.

Pensemos que Grau leyó a la sombra de la torre los *Proverbios Morales* de aquél y las nuevas canciones y poemas completos de éste. Estas lecturas, otras semejantes en prosa, el ambiente de belleza y quietud respirado, prendieron en su alma de artista y se formó el poeta, compenetrado con el alma de la ciudad. Tiene la torre remozada sus cinco cuerpos, con mezcla de ayer y de hoy. En ella; como en miembro revivido, hay trozos de carne antigua y vibraciones de músculo nuevo (palabras de Grau). De la misma forma los poemas que salen de su pluma contruídos con ricos materiales antiguos, tienen el ritmo y la cadencia de estos tiempos. Y es que Grau ama y conoce los secretos de cada paseo, de cada balcón, de cada perspectiva y no hay rincón en la ciudad convento que haya escapado a la disección de sus ojos tan penetrantes como finos estiletes, y de esta forma, clavados en su sensibilidad exquisita, hacen cantar la lira de este trovador con cabeza interiormente bien constituida y a su exterior cubierta de un enmarañado crepé que nos hace compararle a un Emperador romano.

¡Paso libre a este nuevo cronista segoviano! ¡Atención a este recio poeta castellano! ¡Vía libre para este novio de la milenaria Ciudad del Acueducto!



Pepe Rincón Lazcano

Permitidme, señoras y señores, paisanos y consocios, amigos y compañeros, que retrase con mi intervención unos minutos la actuación de nuestro fraternal amigo Pepe Rincón, leyendo estas cuartillas, en las que he tratado de recoger una historieta que pone de manifiesto, entre otras cosas, la calidad del recitador que lleva dentro este entrañable consocio que esta noche tiene la gentileza de obsequiarnos con la galanura de su verbo florido, hilando en palabras las mieles de su sabrosa y abundante cosecha literaria.

Epoca.—Un día caluroso en la primera quincena del mes de Agosto del año 1918.

Escenario.—Amplio y sombrío portalón de un viejo edificio, mitad venta y casa de labor, situado a nueve kilómetros noroeste de la vetusta ciudad segoviana. Está enclavada la casona en terrenos de una finca particular, flanqueada por una carretera y un riachuelo y tomando nombre de la finca se llama *Venta de Lobonés*. Los personajes que intervienen en la narración son: una mujer segoviana, temple y fortaleza de la hembra de Castilla, pulida, limpia, hacendosa como hormiga... Se encuentra asomada a un ventanal que hace servicio de mostrador en el portalón ventero.

Matías, «El Serrano», rostro curtido por el aire y el sol de las Castillas y Extremadura, bajo de estatura, recio y fuerte como encina. Esta apoyado en su garrote y con parsimonia se recrea liando un cigarrillo que encenderá más tarde con la mecha prendida por el chispazo que de un pedernal arranque el eslabón. Por su indumento conocemos

su oficio de pastor. Sabe de temporales más que el barómetro, conoce los senderos y cañadas mejor que el Catastro y no hay vericuetos de la sierra que él ignore.

Pierrines, corto de talla, escurrido de carnes, tiene menos años de los que cuenta, anda un poco encorvado por *mor del reuma* que, dice él, le impide trabajar como cuando tenía 25 años y era mozo de labor. Hoy cuenta pocos más de treinta y la bandolera que cruza su cuerpo nos dice su quehacer, guarda el campo del municipio de Hontanares. Tiene colgada en el antebrazo izquierdo una pequeña cayada y en su mano derecha una jarrilla con mosto; lleva hasta sus labios la caricia áspera del Valdepeñas. No fuma apenas y sus ojillos escrutadores están pendientes de los movimientos del personaje que actúa como protagonista de la escena.

Es éste un mocito juncal, mimbreño, agalgado, que cuenta unos tres decenios, que tiene empaque señorial y prestancia de caballero hidalgo de silueta fina y orgullosa. Habla pausadamente, manejando un castellano florido. Es tan gráfica su expresión; tan hermanados se encuentran la palabra y el gesto, que en muchas ocasiones la mímica sustituye al verbo. Nació y vive en Madrid, pero enraizado en la parda tierra segoviana, a ella acude en los meses estivales y así su cutis curtido está por aires guadarrameños y sus plantas pisaron muchas veces los canchales de Arcones y las tierras ribereñas del Eresma y el Voltoya. Sabe de fiestas y romerías en pueblos y ermitas; de cómo madura el trigo en las morenas llanadas, de cómo pastan las merinas en los oteros, de cómo triscan los corderos en las majadas... Durmió en tollo de pastores, saboreó la picante caldereta, recibió su rostro el tamo de las eras, refrescó su gaxnate en los días calurosos con vinillo en porrón y agua en cantarilla puesta al amparo de la hacina o sombreada por la alforja al borde del rastrojo...

La contemplación y saboreo de estas cosas camperas le

hizo conocerlas a fondo, y enamorado de ellas, prendido en su encanto incomparable, con los dos únicos colores de esta paleta castellana de oros y sepías, escribió los bellos poemas, los cuentos pueblerinos que huelen a parva y majada, a granero y aprisco, a pastor y a labriego... Ellos nos hablan de crudas internadas en las faldas de la sierra, de días abrasadores en las tierras ribereñas... Es vivida toda su producción literaria y captando ésta se encuentra en la venta de nuestro escenario...

Pero aquella mañana no es el poeta el que en su retina percibe la estampa lugareña; su oído no puede transmitir al cerebro la gracia del fraseo ni la belleza de la leyenda. Uno de sus acompañantes, Matías, ha pedido al señorito Pepe (así le llaman) que les diga algo de su Alcaldesa, y el aplaudido autor, alegre y gustoso, complace al pequeño auditorio.

Canta Pepe las escenas más interesantes de su producción. No pierde Matías palabra ni gesto de las puestas en boca de Cenarro el Pastor. Ríe Pierrines de las simplezas y gracias de sus personajes. Se ensancha, como gallina en huevos, Anastasia cuando habla Irene Bravo, el ama.

Y así van sucediéndose las escenas, prestando el auditorio tal emoción, que son tres estatuas... Apenas si respiran... Se le apagó el cigarro a Matías, no apuró Pierrines el líquido de la jarrilla, no sale Anastasia a vigilar el cocido...

Y así llegamos a la escena en que entra la Villana. El autor-actor se supera interpretando este personaje. Al intercalar una poesía relatando la odisea de esta pobre mujer víctima de las malas lenguas, su voz toma matices cálidos y las palabras brillan en el mañana de Castilla como hojas de aceró... Y pone tal fuego en la expresión y son tan rotundos sus ademanes, tan palpable es la realidad que tienen sus estrofas, que el silencio sepulcral de antes queda roto con unos sollozos de la ventera... El actor suspende la na-

rración y observa que el rostro reseco y duro del pastor está humedecido también en lágrimas y el moquero de hierbas del guarda sube a enjugar los arroyuelos que de sus ojos brotan y toman cauce en las arrugas bien marcadas con que el tiempo marcó su paso en el rostro ..

El diminuto auditorio no aplaudió, pero llegándole al alma el aroma de la tierra, lloraba y sentía, que sólo así el alma vive, cuando ríe o llora.

Tenemos la evidencia que cuando unos minutos más tarde Pepe Rincón cruzaba el Soto de Lobones para dirigirse a su Hontanares, recordaba a los viejecitos espectadores de las butacas dos y cuatro de la fila segunda, que en la noche del estreno de su *Alcaldesa*, tampoco aplaudían, pero también se les arrodillaba el alma llorando y sintiendo. Y las lágrimas de éstos y de aquéllos fueron, sin ninguna duda, la más honda satisfacción que ha sentido en su vida literaria este recio poeta de Segovia, que ahora, como entonces y como siempre, nos hará sentir hondo y nos hará pensar recio. ¡Divina misión de los poetas que son por eso un poco dioses!



Francisco Zamarriego

«El presente es el esfuerzo del pasado por hacer porvenir.—Unánime».

Señoras y señores: Una vez más, la tribuna de este Centro de nuestros amores se ve enaltecida y prestigiada con la presencia e intervención de este docto catedrático, joven profesor, estimado paisano y distinguido consocio, que gentilmente se presta a tomar parte, como en años anteriores, en este ciclo de conferencias. Por descontado que, una vez más también, nos deleitará con su fácil palabra, poniendo de manifiesto una pequeñísima parte de su mucho saber.

Y, asimismo, nosotros, escudados en vuestra benevolencia, estamos con unas mal escritas y ramplonas cuartillas en las manos, dispuestos a retrasar unos minutos su intervención. A ello nos obliga el deber que gustosamente cumplimos, en funciones del honroso cargo que ostentamos, de expresarle en nombre de esta Casa nuestra más profunda gratitud y nuestro reconocimiento más sincero.

Recibe, pues, fraternal amigo, paisano y compañero, el testimonio de nuestro sentir, reflejado sobriamente con sencillez y parquedad, propias de nuestra provincia. Tú sabes bien, porque así lo practicas, que entre nosotros los corazones hablan más que las palabras.

Los nuestros te dicen: gracias, muchas gracias.

Pero aún, amigos míos, habéis de concederme unos minutos más. No voy a hacer, como es costumbre obligada en estos actos, una presentación. El doctor Zamarriego no la necesita, ya que es conocido y admirado por todos, y más

aún por este distinguido auditorio, integrado por sanitarios que saben de su competencia científica, paisanos que conocen su cariño a la provincia y consocios que tienen la inmensa satisfacción de verle y estrechar su mano en cuantos actos celebramos y que llevan como gala el buen regalo de su amistad.

Voy a tratar de señalar con unos trazos la silueta física, moral e intelectual de este hidalgo garcillanero.

Su talla mediana, engarzada en cuerpo recio y fuerte, corresponde a la de nuestros coterráneos, dando la impresión de una constitución fisiológica perfecta. De tenerle que encasillar morfológicamente, nos encontraríamos en un aprieto... Ni pertenece al grupo de los llamados *picnios* ni tampoco al de los *astenios*. Incluyámosle, por tanto, entre los normales o perfectos.

Su frente, espaciosa y alta, nos habla de un potente cerebro. La inquietud y penetración de sus ojos, de un dinamismo y deseo de nada ignorar, son reflejo de la certera mirada del médico que profundiza más allá de lo que ve. Exenta su cara de arrugas, barba poco cubierta y siempre pulcramente rasurada, nos le muestran en una eterna juventud. La risa fácil y pronta, es heraldo que pregona la íntima satisfacción disfrutada en su hogar que se complementa con la experimentada en sus afanes científicos. Ademanes finos y señoriales se aunan con su indumentaria, reflejando en su conjunto una personalidad.

Gesto imperativo, mandón, autoritario, da a su presencia la arrogancia que concede el saberse en posesión de una verdad, una gran verdad, conseguida como se logran todas las verdades, a costa de muchos sacrificios.

Tienen su oratoria y su mímica el aire pedagógico propio de su continuo enseñar, ya que este mocito segoviano, a los treinta y un años, pudo lucir sobre sus espaldas la muceta y cubrir su cabeza con el birrete de los maestros.

Cuando una gran parte de la juventud del día cifra toda

su ilusión en batir records de natación, de pedestriñmo, de divertimento y de despreocupación, cabe anotar la «marca» de este hombre, que en la plenitud de su juventud triunfante, a los veinticinco años, era ya médico, y a los cuarenta y cinco aún no se ha cansado de opositar. Y ese es el record de un hombre perteneciente al grupo de los seleccionados, que sabiendo domeñar su voluntad y estando dotados de un cerebro nada vulgar, sienten como supremo pago a sus afanes, la satisfacción del trabajo.

Grupo selecto que marcha por el mundo dejando bien marcadas sus huellas, con la frente alta y la conciencia tranquila, por haber cumplido con la misión que al nacer se nos impuso: ser útiles a la sociedad.

Con estos torpes brochazos perfilada queda la estampa de este luchador. Sólo unos segundos más para encuadrarla en su marco, construido éste con los materiales que nos suministra el medio ambiental de su formación. Este crisol donde se forja la personalidad; esa levadura llamada *Institución familiar* que da lugar a la educabilidad.

Hogar patriarcal en la vieja y ancha Castilla, enclavado en un pueblecito segoviano. El hogar tiene su máxima representación en Castilla, tiene más atracción de hogar, tiene más amor de hogar. Por eso tal vez los conquistadores de mundos, los que dejan su hogar por la aventura, son levantinos, o andaluces, o extremeños, o gallegos, o vascos... En Castilla nuestras gestas se forman al pie mismo de nuestras torres. Y en uno de estos hogares situamos a nuestro hombre. Sabiduría, honradez, laboriosidad y competencia en el cabeza de familia, que ejerciendo su profesión de médico, mitiga, consuela, aconseja y cura a sus labriegos convecinos. Honesta, sobria, religiosa, es la hacendosa mujer que, como digna compañera, ayuda a la crianza del abundante fruto que va naciendo en el nido que formó el amor. Ni estrecheces ni menos abundancias. Lo suficiente para, *reunidos en torno a humilde y parca mesa*

cómer el pan de amores, más sabroso que todos los manjares de la tierra.

Y así fué aquél nido templo, donde venerando a Dios se inculcaron unas creencias; escuela y aula en que las inteligencias se fraguaron; taller donde se adquirió el hábito para la cotidiana tarea. Este ambiente respirado y vivido por el doctor Zamarrigo, reflejado quedó en su naturaleza, y todas esas cualidades, al irse puliendo con la vida, destacan en su personalidad.

Relevantes cualidades morales transmitidas en el cumplimiento de los deberes que como cristiano y padre de familia le pertenecen. Puro ideal estético nacional y ejemplar conducta social.

¿A qué otra cosa podemos aspirar? ¿Qué más se puede pedir?

Veámoslo, y así terminó, leyendo estas estrofas de una bella composición poética, titulada «Mi vida», y cuyo autor, aquí presente para dicha nuestra, es el padre de nuestro conferenciante, este viejo amigo a quien tanto como admiro quiero.

«Yo no aspiro a dejar una fortuna
a mis hijos el día en que me muera,
quiero, sí, transmitir inmaculado
a mi larga y querida descendencia
el nombre honrado que heredé hace tiempo
de mis padres, modelo de nobleza.

Sólo pido al Señor, humildemente,
que me deje vivir hasta que pueda
enseñar a mis hijos el trabajo
noble y de la honradez la hermosa senda,
y que el día que Dios a Sí me llame,
en la hora de morir, hora suprema,
pueda ver a mis hijos y a mi esposa
rodeando con valor mi cabecera,
para poderlos dar el postrer beso
y bendecirles con la mano diestra,
y morir santamente, como mueren
los que tienen tranquila la conciencia.»

Cuartillas leídas por D. Valentín Cardiel,
Presidente del Centro Segoviano de Madrid,
como preámbulo a la Conferencia pronun-
ciada en dicho Centro por don Francisco de
Cossío.

(Madrid, 22 de Febrero de 1947.)

SEÑORAS, SEÑORES:

Una figura señera de la literatura contemporánea española tiene la gentileza de ocupar esta noche nuestra Tribuna.

La inefable satisfacción que ello nos proporciona, viene a ser idéntica al orgullo que, como segovianos, sentimos hace unos meses, cuando, franqueando la puerta grande de nuestra casona solariega, este mismo segoviano ilustre hacía acto de presencia para llenar el boletín de inscripción como socio de nuestra Entidad.

Ahora, como entonces, le recibimos con los brazos abiertos, como Castilla recibe cuando abre los brazos, con el corazón palpitando en ellos; y en funciones del honroso cargo que ostentamos—Alcalde de este pueblecito que edificó y sostiene el amor a la provincia que le da nombre—le saludamos diciendo:

«Bien venido seáis, señor ministro plenipotenciario de las letras castellanas. Ayer nos honrasteis pidiendo carta de vecindad, que gustosos concedimos, en virtud de la credencial que como segoviano ostentais, y hoy, en poder de tan preciado documento para nosotros, nos hacéis el regalo de una disertación.

En ella, por descartado, pondréis de manifiesto una pequeña parte de vuestra cultura.

Gracias por aquello y por esto.

Agradecidos y reconocidos por vuestra bondad, estamos esperanzados de que la convivencia entre nosotros cada día pueda seros más agradable, y a conseguirlo se encaminará nuestro mejor deseo.

Y ahora unos minutos más para hablaros, distinguido auditorio, de don Francisco de Cossío.

No seré tan osado que cometa la pedantería de presentaros al escritor de todos conocido, que posee, entre otras cualidades, la aptitud del espíritu necesaria para escribir esa prosa limpia, jugosa y recia que a diario encontramos en la prensa y en el libro.

Reconocemos nuestra incapacidad total en estos menesteres, y por lo tanto, no somos los llamados a comentarla, ya que tratar de hablar del señor Cossío como escritor, es como hablar del agua del Océano, y cantar las excelencias de su péñola bien cortada, es tarea muy superior a nuestros merecimientos.

¿Qué español no sabe de don Francisco de Cossío, literato, novelista, periodista y autor de teatro?

Vamos, pues, a presentar al sepulvedano señor Cossío, morfológicamente, dando de paso una pincelada a su *genotipo*, que acusa unas características bien diferenciadas, de orden hereditario unas y ambientales otras.

Tracemos su estampa, a través de una ficción que nos remonta a otras épocas conocidas por la representación plástica y literaria que nos hicieron, y de esa forma vamos desempolvando los recuerdos que se enrancian en la mejor historia de nuestra Tierra y traen hasta nuestros días las sensaciones más firmes y las emociones más fuertes.

Vemos a don Francisco de Cossío descendiente del más viejo linaje castellano, de aquellos González de Sepúlveda, por cuyas venas corre rigurosa la sangre de Fernán González, guerrero y colonizador, que reconquistó la Vieja Castilla y legó a sus descendientes los bríos necesarios para dominar la Nueva. Guerrero de un temple tal, que no se adi-

vinaba en dónde terminaba el brazo y en dónde comenzaba el acero.

Por ello, el señor Cossío y González de Sepúlveda es para nosotros Alcaide de un castillo-fortaleza; capitán de una milicia o tercio; maestro de un honroso gremio de menestrales...

Su figura alta y fuerte, de recia musculatura, está pidiendo, no el traje del día y sí la coraza y el yelmo. Diríase que se ha salido, que se ha destacado, del fondo de un cuadro en donde el gesto caballeresco y noble campeara por sobre espadas invencibles, caricias de plumas y ademanes de raza indomable.

Su gesto patriarcal, inspira confianza, respeto y admiración. Su firmeza en la expresión, infunde valor y denuedo. No encierran sus ojos ocultos designios; no se manchan sus labios con palabras vanas; no hay en su gesto y ademanes señoriales nada estudiado.

Se manifiesta todo él espontáneo, puro, natural, como un reflejo fiel de su sentir, como una externa manifestación de su pensar.

Dotado de un fino espíritu observador, capta con facilidad cuanto en su retina se proyecta, cala hondo en todo cuanto le rodea y asimila con perfección suma las impresiones que hasta sus sentidos llegan, reteniendo como grabado con buril en su cerebro de cera lo que la asídua lectura le proporciona.

Y más tarde, con estos materiales ya acumulados, siente como el alfarero, el platero o el talabartero, encerrado en su pequeño taller hogareño, el gozo, la satisfacción de practicar su oficio, la suave caricia de una tarea diaria en la que se va puliendo un anhelo y se va policromando una fe...

Para esto—y a semejanza de aquellos artífices—ordena en su cerebro los materiales acumulados, dispone sobre la mesa las blancas cuartillas, y tomando en su mano la maestra pluma (pieza fundamental de la sencilla máquina de este

taller), va trazando sobre la virginidad del papel las letras que forman palabras, uniendo éstas para hacer la oración, enlazando las oraciones para expresar ideas y regalándonos al fin una maravillosa obra de orfebrería literaria que lleva la firma inconfundible de este maestro en el oficio de escribir...

De este hidalgo sepulvedano, que lleva en sus plantas polvo de la tierra castellana; en sus músculos la reciedumbre de los canchales que rodean aquel poblado; en sus oídos vibra la campana del Salvador, vieja parroquia de la villa en otros tiempos, y en sus pupilas se ha cuajado todo el oro de sus incomparables atardeceres de Sepúlveda, en que el oro canta en el sol, canta en las viejas piedras y canta en los trigales nuevos...

Y, ante todo y sobre todo, campea en él un espíritu de cristiana hermandad, herencia de sus mayores, acrecentada con el estudio y la meditación.

Y con esto—aunque modestamente—presentado queda el sepulvedano que nos hace esta noche el inestimable regalo de su oratoria.

Sepulvedano cargado, como su pueblo, de historia; una historia, como la de aquél, propia, bien ganada, conseguida con su esfuerzo, que irradia por todo el ámbito nacional la luz fuerte y poderosa de su ingenio y de su amor al trabajo.

Y ahora ya, apagadas estas palabras que no sé si habrán logrado ser fieles intérpretes de mi devoción, cerrados los ojos encalmados los espíritus, escuchemos con todo deleite la caricia mágica de la palabra de don Francisco de Cossío,



Cuartillas leídas por don Valentín Cardiel con motivo de la conferencia pronunciada por don Pedro Llabrés en el Centro Segoviano el día 6 de Marzo de 1947.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Estampas viejas entre Madrid y Segovia fué el título de aquella memorable conferencia leída en este Centro durante el pasado ciclo por nuestro fraternal amigo y distinguido consocio Pedro Llabrés. La mayor parte recordamos el placer con que fué escuchada y más tarde el regusto con que la saboreamos. Muchos sabemos también de la polvareda de entusiasmo que levantó. Fué tan fuerte el huracán desencadenado, que aquellas «Viejas Estampas», convertidas en hojas de imprenta, volaron por todo el ámbito nacional. Cataluña y Galicia, Andalucía y Extremadura, Levante y Asturias, Navarra y Guipúzcoa, pasando por La Rioja y Aragón, se regocijaron con ella, contemplando fielmente expuestas las recias virtudes y tradicionales costumbres en las dos Castillas.

Ellas fueron también el chispazo que formó aquella hoguera de cariño, prendiendo en el barrujo acumulado en forma de agradecimiento, en los nobles corazones de los hijos, de un pequeño pueblecito segoviano (Boceguillas), dando lugar al acto simpático, emotivo, sincero y justo, que se tradujo en aquel homenaje del cual guardamos los inolvidables recuerdos. En él fuistes investido de segoviano, y este título, para tí tan preciado, supistes conseguirle con amor, inteligencia, gentileza y trabajo.

Y otra vez, aquí reunidos, en la amplia cocina hogareña, confortados con el calor desprendido del fuego sagrado que arde perenne en nuestras almas, en holocausto a la madre tierra.

Tú, planta centenera, cargado de maduro y jugoso fruto propicio a regalarnos una parte de tan sabroso manjar, sirviéndole como en ti es costumbre, en vajilla de plata. Nosotros, tratando de expresarte nuestro sentir, luchando para encontrar las palabras que en parte puedan indicarte la hondura de nuestro agradecimiento, brotados a impulsos de una admiración hacia ti sentida, por tu labor de ayer, de hoy y de siempre en pro de esta casona solariega.

Segunda parte de «Estampas Viejas», es el título de tu conferencia de hoy, dispuestos a saborearlas con el mismo deleite nos encontramos. Sin pecar de lince, hemos de pronosticarlas otro éxito, ya que preciándonos de conocerte, suponemos habrás puesto al escribirlas, de una parte, tu recia fibra poético literaria, y de otra, el cariño que profesas a las dos provincias hijas de las Castillas (Madrid y Segovia). Por igual laten en tu corazón el amor filial hacia ellas, y es lógico que así suceda, ya que si la una te vió nacer y maduro te acoge, inunda tu ser de casticismo y caballerosidad. La otra supo amamantarte inyectando en tu juventud fuertes virtudes raciales.

De esta mezcla de valores estás formado, de esta emulsión de esencias se halla aromada tu producción literaria. Y así en tus escritos encontramos al lado del chispero que defiende con coraje su solar ante el invasor, el guerrillero que se alista en un tercio para ensanchar la Patria. Junto al señor que rodeado de libros estudia para descubrir la ciencia, el recio hidalgo labriego con las callosas manos apretadas en la mancera abriendo surcos para criar riquezas.

Llevas fundidos, amalgamados, al Julián marchoso de pantalón entallado, chaquetilla corta y castizo hongo descendiente del majo don Juan, el zagal serrano, o motril

ribereño, que en día de función baja a la plaza llevando mordida una rosa pendiente de sus labios, la chaqueta al hombro y las cachas de su navaja asomando por los pliegues de su ancha y subida faja, descendiente de Viriato, «El Guerrillero».

En tu pecho, como en el de éstos, se agita y late fuertemente un corazón noble y generoso, dispuesto siempre a quedarse si es necesario sin sangre por deshacer un entuerto, vengar una ofensa, defender a una mujer, impedir la invasión de su tierra o la profanación de sus creencias.

Y así vemos nosotros a Pedro Llabrés. Este hombre polifacético, unas veces cantor castellano semejante al poeta labrador, de las pardas «Onduladas Cuestas», de los mares de enceradas mieses, de las castas soledades hondas. Literato ameno otras, que maneja con soltura un castellano recio y florido, en el que marchan del brazo la pincelada llena de fino humorismo e ironía y el brochazo de fuerte colorido de los que son palpable ejemplo esa sección dominguera en la simpática «Radio España», creada por él, con el título de «Eutrapelia».

Todo ello se debe a que Llabrés conoce y maneja a la perfección el léxico chispeante y gracioso del mocito madrileño y el sobrio, contundente, sentencioso, puro del viejo castellano. De esta forma sus escritos tienen olor a verberna y romería, ruido de organillo, dulzaina y redoblante, sabor a churros y pan sobao.

Y como no debo abusar más de vuestra benevolencia retrasando su intervención, voy a terminar presentando a Pedro Llabrés físicamente.

Hombre mimbreño de tez morena y facciones alargadas, agitanado. Tiene tal vitalidad que en él será perenne la mocedad de su brío y el ímpetu de su energía contenida bien puesta de manifiesto en los destellos que sus grandes y negros ojos irradian; en la arrogancia que su busto erguido

presenta destacando su cabeza bien formada y cubierta por abundante cabellera.

Si quisiéramos definir su carácter en una sola palabra, diríamos sociabilidad. Amor hacia las cosas y los hombres que le rodean; cariño a lo tradicional, a lo que tiene raíz, a lo que señala una trayectoria recta, a lo que forma los pilares más firmes de una cristiana hermandad, cimentados en una institución eterna y fundamental de nuestro concepto civilizado, «La familia», viejo crisol donde el amor funde hombres buenos, trabajadores, patriotas y cristianos, del tipo de este Pedro Llabrés, con su amistad nos honramos, de cuya convivencia nos enorgullecemos y de cuya castellanía tomamos ejemplo, y como todos estamos pendientes de ingerir tu exquisito manjar, termino, transmitiéndote, en nombre de este Centro, un abrazo fraternal, fiel expresión de nuestra estimación, agradecimiento y admiración.



Mario Esteban

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES, SEÑORAS Y PAISANOS:

El Centro Segoviano de Madrid, este pequeño pueblecito que por cariño y con constante tesón hemos formado en pleno corazón madrileño los naturales y simpatizantes con la vieja ciudad del Acueducto, se complacen, por medio de mi torpe palabra, en expresar su gratitud y reconocimiento a todos cuantos nos hacéis el regalo de vuestra asistencia, así como a vosotros, los que con vuestras intervenciones durante estos ciclos de conferencias venís enaltecendo esta Tribuna.

Vaya para todos el saludo cordial y efusivo y con él la expresión más sincera de nuestro agradecimiento.

Y ahora que mi pensamiento se desliza por el cauce del reconocimiento, permitidme tenga uno muy singular para la presidencia de este acto, dignísima representación de la benemérita Organización de Ciegos, la institución que agrupa y ayuda a los que al privarles Dios de la vista, dió más potente luz a los ojos del alma.

*
* *

Se han conjuntado esta noche en esta casona solariega, para deleitarnos el espíritu y endulzarnos el alma, diferentes manifestaciones de la belleza.

Y así, nuestra retina percibe en estos momentos las impresiones agradables que irradia vuestra hermosura juvenil, que prende en la vieja casa el aroma delicioso de unas rosas de Abril, que con vuestra presencia nos dais, señoras y señoritas.

Han llegado a nuestros oídos los sonos armoniosos de una música, interpretada a la perfección por estos virtuosos de la misma que tuvieron la gentileza de atender nuestra petición y obsequiarnos con las exquisiteces de su arte. A tan señalada distinción sólo podemos responder ofreciéndonos en cuanto somos y pidiendo a la Organización a la que pertenecen nos conceda un lugar en el departamento de su amistad.

No podía faltar a esta cita de amor la poesía y acude representada por este cantor castellano, de fibra recia, que lleva hermanado a su musa fecunda el arte del bien decir.

Y, como padrino de estas nupcias, como anfitrión de este acto, como brizna que ha producido esta bella cristalización, la ciencia encarnada en este doctor Esteban, médico militar, artista y literato a la vez, que lleva junto a su mucho saber una bondad sin límites y una caballerosidad sin fronteras. Para él una sola petición: que nos siga honrando con su amistad, para, de esta forma, seguir deleitándonos con sus intervenciones durante estos ya tradicionales ciclos.

Vayan para él también, a guías de presentación, estos torpes brochazos, llenos desde luego del mejor deseo, pero faltos, lo reconocemos, de la capacidad necesaria para hacerlo, y que pretendan hacer el retrato físico, moral e intelectual de este luchador segoviano.

Es Mario Esteban un cerebro puesto al servicio de la ciencia, una voluntad domeñada para el trabajo, un castellano orgulloso de su estirpe, un hombre bueno por naturaleza, amante de su hogar, requisito indispensable para serlo de la patria chica y premisa necesaria para sentirlo por la España grande.

Segoviano, nacido en un pequeño pueblecito de aquella provincia: Casla. En él se encuentra fundido todo el espíritu ascencial de aquella meseta castellana. Esa vieja Castilla que sigue lanzando al mundo ascetas, guerreros, artistas, hombres de ciencia, labriegos e industriales... Cuna de

hombres que siguen llevando como antaño un crucifijo en la mano, símbolo de su fe; en los labios una verdad, faro de su honradez; en el cerebro una enseñanza, secuela de su cultura, y en su inmenso corazón, un portón abierto para sembrar cariño a voleo.

Y esto, sólo esto y nada menos que esto, que ya es bastante tesoro en estos tiempos que corre el mundo de cobardías, desamor, venganzas y egoísmos, es lo que lleva engarzado Mario Esteban en el joyel de su corazón. Este Hombre (escrito con mayúscula), de estatura mediana para concordar en eso también con los hijos de aquella tierra, de enjuta pero recia musculatura, de cara barbilampiña, infantil, que contrasta con sus acciones de hombre muy hombre. En él la mocedad pasó sin dejar más huellas que unos finos hilillos plateados en su cabeza y así le vemos en plena madurez con un sello juvenil.

Por sus ojos se escapa la verdad a torrentes; por ellos se precipitan las ideas antes que por la palabra. Espejo del alma, en ellos reflejada queda la pureza de la suya y como heraldos cerebrales marchan pregonando a bandera desplegada su sabiduría.

El mohín candoroso que riza sus labios, limpios de mentiras y bajezas, nos hablan de una verdad. Sus manos finas y cuidadas, portadoras de unos dedos ágiles y seguros, parecen hechas expreso por Dios para manejar los delicados instrumentos que su especialidad requiere: esas pequeñísimas tijeras, esas diminutas pinzas con las que tan encariñado se encuentra cuando las maneja, que terminan por formar parte de su mismo ser y así las transmite su alma la inspiración de su arte.

Su porte fino, señorial, da a su figura una prestancia que nos hace recordar la de aquellos grandes señores de otros tiempos que juraban por su alma ser fieles a Dios, al Rey y al honor. Conversador ameno, detallista ordenado, hombre cortés y afable, de bondadosa condescendencia en

el diálogo, nacida de una educación exquisita, recriada en la lectura de los clásicos castellanos y acrecentada por un trato social de selección. Todo ello sirve para elevar hasta sí la más respetuosa confianza de quien con él departe y ambiciona su amistad.

Espíritu fuerte, recto, tenaz, como nacido entre los canchales de la serranía, lleva en sí los más nobles ideales de justicia y de progreso.

De esta conjunción de rasgos físicos destacados y cualidades morales que señaladas quedan, formamos su semblanza diciendo:

Frente espaciosa, ojos de mirar penetrante, señalan de manera ostensible que estamos ante un profundo pensador. La parsimonia y ordenada compenetración de sus ademanes, nos muestran que es hombre prudente. La destreza y agilidad de sus dedos, que es un artista. La señorial severidad de su porte y condición, que ante un caballero nos hallamos. Hizo sacerdocio de su vida profesional. Del afán de acierto un ideal constantemente perseguido. Y así, fáciles son de comprender los triunfos conseguidos en su marcha por el mundo. Triunfos científicos abriendo luces en las negruras de muchos desgraciados y triunfos de admiración y de cariño abriendo su preciada amistad a quien le trata.

Sus pasos menudos y silenciosos, pero firmes y seguros, como hijos de una preparación cuidada, de una verdad conseguida a fuerza de estudio y reflexión, le abrieron las puertas para ocupar un puesto destacado en el mundillo médico español, donde se escuchan con deleite sus ponencias; se toman en consideración sus atinados juicios y se delibera sobre sus sugerencias.

Su vida militar marcha pareja a la civil. Año tras año de estancia en Africa, le proporcionan ascensos. Diarias intervenciones en lucha a brazo partido con heridos y enfermos, le otorgan una reputación de base sólida. Y así puede este Médico castrense en plena madurez ostentar en su boca-

manga las estrellas de Teniente Coronel, en su pecho las insignias de ser un benemérito de la Patria y en su conciencia, tal vez, su condecoración más preciada, la inmensa satisfacción del deber cumplido.

Y ahí tenéis ya a este trabajador honesto, serio y perseverante, que sigue el único camino por el que le es dado al hombre descifrar poco a poco la sublime armonía del libro de Dios. El libro bendito que él a diario lee y en el cual se inspiran los actos todos de su vida.





Imposición de la Cruz de Alfonso X el Sabio al ilustrísimo y reverendísimo señor don Teófilo Ayuso Marazuela, Canónigo Lectoral de la S. I. Metropolitana de Zaragoza, el día 26 de Septiembre de 1947. (Presidió el acto el excelentísimo y reverendísimo Obispo de Madrid y Patriarca de las Indias doctor don Leopoldo Eijo-Garay).

Honrais con vuestra presencia, excelentísimo y reverendísimo señor, la casona solariega que el Centro Segoviano ocupa en Madrid. Tal honor quedará cincelado en lugar preferente dentro de los anales de la entidad.

Dignáos recibir, con nuestro más respetuoso y filial saludo, el testimonio de nuestro reconocimiento, y con él la adhesión incondicional que en nuestra calidad de cristianos a V. E. sin reservas otorgamos.

Cumplido torpemente, pero con sumo agrado, este deber, y contando con vuestra licencia, damos principio al acto.

Propicia es la ocasión presente, excelentísimo señor, ilustre conferenciante, culto y selecto auditorio, para, desfigurando un poco la legendaria frase, atribuída aunque no la pronunciase, al sabio maestro del siglo XVI, Fray Luis de León, iniciar este acto con *deciais ayer*.

Nos despedíamos hace unos meses clausurando el ciclo de conferencias correspondiente al pasado curso. A ruego de los asistentes, pronunciásteis unas palabras que fueron una promesa. A cumplirla, como buen hidalgo castellano, acudís vos y a regalar nuestros oídos escuchando, venimos nosotros. Gracias, distinguido paisano; maestro como el frailecito agustino, como él doctor en Teología, poeta y

caminante a grandes zancadas por la senda de la sabiduría.

Gracias también muy rendidas a cuantos venís sembrando *ciencia y arte* desde esta tribuna. El Centro rinde a todos el tributo de su agradecimiento, que hacemos extensivo a cuantos nos honrais con vuestra asistencia, y de modo especial a esta digna representación de Valverde del Majano. Llevad, señor Alcalde, el más ferviente saludo para aquellos paisanos. Decirles de nuestros afanes, expresarles nuestro sentir, que al unísono, con el vuestro vibra a diario en santo amor a la tierra que nos vió nacer.

Y ahora, permitidme que en funciones de bedel, antes de abrir la cátedra, haga la presentación del profesor.

Y vamos a hacerlo, como otras veces, trazando unas pinceladas que ni serán un retrato, ni mucho menos una biografía; son simplemente la impresión que esta recia figura dejó en nuestra retina al posar ante nuestros ojos miopes.

Don Teófilo Ayuso Marazuela vino al mundo en los primeros años del presente siglo, en el pueblecito segoviano llamado Valverde del Majano, distante, según nuestro historiador Colmenares, «legua y media al Poniente de la ciudad». Tierra llana y luminosa la de aquel trocito de la meseta castellana, áspera y dura, tierra que sabe forjar hombres creadores con espíritu cristiano sin fronteras. ¡Bendita tierra segoviana!

Pueblo este de Valverde, como la mayoría de los existentes en la provincia, cargado de historia. En el siglo XV recogió en sus casas una pobre Princesa que, por amor, tenía perdidas sus facultades mentales. En el XVI pernoctó otra, la víspera de contraer matrimonio, con aquel Rey, alto, recto y triste como un ciprés. En el XVII, en su término municipal, la aparición de una imagen de la Reina de los Cielos, que bajo el título de *Virgen de la Aparecida* aquellos vecinos veneran y, llenos de santo fervor, en el siglo presente supieron coronar.

Unos tres centenares de casas forman el núcleo de la

población, en el centro y parte más alta, la Iglesia del lugar, como vigía permanente. En una de las más humildes se mecieron los sueños en la niñez de nuestro conferenciante, en cuna de pino y construcción cantalejana. En la escuela del lugar, próxima a la Iglesia parroquial, aprendió las primeras letras, dando así principio a su desarrollo intelectual. Siendo no pequeña la necesidad económica sentida en su hogar, supo su cuerpo desde los primeros años del trabajo corporal, de esta forma los campos de pan llevar desarrollaron también sus músculos. Caminó como el tejedorcillo de Fontiveros a lomos de un borriquillo bajo los soles del estío. Sabe bien cómo madura el trigo, en las llanadas morenas, cuánto trabajo supone segarle con el cuerpo encorvado en los abrasadores días de Julio. En este ambiente fué creciendo el espigado chaval; aguijoneado por el deseo de saber, fué robando horas al sueño, y a costa de sacrificios de todo orden, ingresó a los once años en el Seminario Conciliar de la vieja ciudad. Años de lucha titánica. Con potentes golpes llama la vocación de estudiar, y a brazo partido, en áspera y dura batalla, consigue aquella familia vencer la necesidad; más tarde, el mozo, con alma de ilimitadas proporciones, sabe vencer también los instintos de su cuerpo terrenal. Unos años más de brega en Segovia, y el aplicado seminarista valverdano, sale pensionado para Roma a continuar sus estudios y ser ungido como ministro del altar. Permitidme que al llegar a este momento, culminante en la vida de don Teófilo, abra un pequeño paréntesis para rendir el tributo de nuestra admiración, traducido en un aplauso que yo os pido, que dedicaremos a los padres de este sacerdote, forjadores de su cuerpo físico, capitanes vencedores en la lucha económica, inculcadores de sus cristianas creencias.

Unos años más, Roma. Estudios más intensos le permiten licenciarse en Historia Sagrada y doctorarse en Teología y Filosofía. Y cargado de títulos, repleto de conoci-

mientos, a la diócesis de origen, a la ciudad segoviana para regentar la bella Iglesia románica de San Andrés. Poco después, oposiciones para canongías, y tras brillantes ejercicios, la de lectoral en la Metropolitana de Zaragoza. Con torpes brochazos señalados quedan unos datos biográficos de la ingente labor que a los cuarenta años puede presentarnos este distinguido paisano. Consentidme unos minutos más para señalar rasgos físicos más salientes.

Hombre, como podréis observar, de recia contextura, lleva en su alma fundida las virtudes de una raza, de rancio señorío, que encuentra en el trabajo su mejor distracción y en la oración la redención de sus culpas. Su cuerpo fuerte, se yergue con la prestancia del cumplidor de los deberes humanos y deseos divinos. Tiene la apostura y solidez del caminante que sabe el terreno que pisa y marcha por él sin titubeos. En su ceño se encuentran momentos de concentrada inspiración que contrastan con otros, durante los cuales sus ojos inquietos enmarcados por espaciosa frente, son heraldos pregoneros de las múltiples ideas acumuladas en su cerebro. Voz varonil y maciza, pecho sano lleno de beatitud y pujanza, elegancia de dicción y una rica abundancia de léxico son motivo para que don Teófilo esté considerado como uno de los oradores sagrados de más talla.

Hombre andariego, como la santa carmelitana, se asoma con frecuencia al exterior, y traspasando fronteras, recibe su espíritu abierto por grandes ventanales el aire científico de otros países, y así aumenta de día en día su caudal científico. Caudal científico que le permitirá llevar muy pronto en su cabeza el casco de protección y salud llamado mitra, sostener en su musculoso brazo el símbolo del pastor, llamado báculo, y lucir en su dedo el anillo de amatista, símbolo de su unión con la Iglesia. Que este pronóstico que en mi calidad de médico del cuerpo hago esta noche, sea confirmado por los dignos doctores del alma. Es nuestro deseo.

Y voy a terminar señalando que entre los honores y distinciones recibidos como reconocimiento a su valía y amplio bagaje científico, se encuentran el recientemente otorgado por el Gobierno del Generalísimo decretando su ingreso en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

Dentro de breves momentos prendidas en su pecho tendrá las insignias acreditativas de tan honrosa distinción. Como amigos y paisanos, nuestra alegría es incalculable, viendo así premiada su ingente labor. Recibid, ilustre señor, en nombre del Centro, nuestra más sincera y sentida felicitación. Recibid también, y esto queremos proclamarlo muy alto, la expresión de nuestro reconocimiento, por la honrosa distinción de que nos habeis hecho objeto, señalando este trocito de la tierra segoviana como lugar para celebrar el acto. Ello nos llena de orgullo por demostrar la estimación en que nos teneis. Y ello, sobre todo, viene a poner de manifiesto una faceta más de vuestra vida, que como en otra ocasión dijimos tanta semejanza tenía de aquel teólogo del siglò XVI, Fray Domingo de Soto, que ponía en el frontispicio de unos de sus libros: «Proclamo muy alto que en España existe una ciudad llamada Segovia, en la que tuve la honra de nacer».

También muy alto lo proclama nuestro conferenciante, y ello, para los que nos sentimos tan honrados siendo segovianos, es el timbre máspreciado, ya que Dios, España y Segovia son nuestros supremos intereses.





EPÍLOGO

Digo yo que el amigo Cardiel me habrá designado a m para «echar el telón» a esta magnífica colección de cromos, en la que no sólo retrata a los interesados con rasgos acertadísimos, sino que se retrata a sí propio con sus simpatías y sus bondades, por el solo hecho de haberme metido en ese mundillo de los bastidores y las bambalinas; pues de otra forma, este folleto que se abre por la mano maestra del maestro Cossío y que encierra tantos rasgos de ingenio, bien merecía péñola mejor cortada que la de este aprendiz de poeta para cerrar con llave de oro este interesante trabajo.

Vaya pues a su cargo la misión que me ha dado y que yo cumplo gustosísimo—el buen deseo es mayor que los merecimientos—primeramente por ser para los segovianos y además por ser Cardiel, al que tanto debemos los que a Segovia sabemos querer, el que me ha pedido unos renglones.

Renglones que ya al ir en tan buena compañía han adquirido un valor y que cuando tú, paisano y amigo, los prestes la atención de tu lectura se van a sentir doblemente orgullosos.

Y nada más ya. En los sainetes clásicos se solía escribir al final:

*Y aquí termina el sainete,
Perdonad sus muchas faltas.*

Pero en este caso concreto, amigo Cardiel, sobra el último verso, ya que tus retratos—fotografías materiales y espirituales—son la obra acabada de un consumado artista que posee un buen ojo clínico para captar los rasgos externos y

que no en vano es además médico para bucear con acierto, carne adentro, en busca de esos matices interiores que suelen pasar desapercibidos.

Podríamos decir que tus retratos están hechos a la vez con una cámara normal y con un aparato de rayos X.

Así pues, amigos míos, este libro no puede terminar más que de este modo:

Y aquí termina el sainete.

Si hubo faltas, y tal vez muchas, vayan a la cuenta de este modesto epílogo, que no es ni pretendió ser más que el teloncillo que se corre sobre la página final de este originalísimo libro de Cardiel.

Pedro Labrés



ÍNDICE

PÁGINA

Prólogo	5
Valentín Cardiel Merino.....	7
Homenaje al Excmo. Sr. Marqués de Lozoya.....	11
Velada necrológica al Dr. Cubero.....	21
Julián de Torresano.....	31
Dr. D. Antonio García Tapia.....	33
Gonzalo España.....	35
Mariano Grau.....	38
Pepe Rincón Lazcano	41
Francisco Zamarriego.....	45
Cuartillas leídas por D. Valentín Cardiel como preámbulo a la conferencia pronunciada por D. Francisco de Cossío.	49
Idem, id., id., a la pronunciada por D. Pedro Llabrés.....	53
Mario Esteban.....	57
Imposición de la Cruz de Alfonso X el Sabio al Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Teófilo Ayuso Marazuela.....	63
Epílogo	69



